
La lucha de la memoria contra el olvido

Salvador Rueda

Guillermo Ramos Arizpe, *Relatos de don Jesús Ramos Romo. Narración e historia personal*, México] Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", 1985.

Este libro es uno más de los que el Archivo de Historia Oral del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" ha publicado como resultado de una intensa labor de entrevistas realizadas con los ancianos de Jiquilpan y sus alrededores. En esta ocasión, Guillermo Ramos Arizpe nos ofrece, además de la historia de vida de don Jesús Ramos, una serie de reflexiones y lincomientos de trabajo producto de su preocupación sobre los tan debatidos temas de la historia oral y de la historia testimonial. El trabajo se ubica en la vasta—y ya tradicional— producción antropológica de las biografías y autobiografías,¹ que tan importantes han sido para las ciencias sociales en nuestro país.

El libro es, asimismo, un paso adelante en la comprensión de asuntos que pocas veces los historiadores nos atrevemos a tratar, dejándolos generalmente en las manos de los filósofos. Estos asuntos, verdaderos problemas, son precisamente los que nos acercan a los más amplios del papel de los individuos en la historia, y a la ya vieja cuestión de lo que se entiende —o debe entender— por historia. Los niveles distintos de reflexión que nos ofrece este libro, si bien no dan respuestas rápidas y contundentes, sino

abren panoramas que deben ser retomados y discutidos: la función de la memoria y del olvido en una sociedad como la nuestra, la conciencia de la vida entrelazada con la de la historia, las maneras que asume la reproducción cultural entre los sectores subalternos, las formas discursivas que las transportan y las vuelven "reales" e históricas.

La obra está dividida en dos partes. La primera contiene la narración de don Jesús Ramos Romo, albañil jalisciense radicado desde hace mucho en Jiquilpan. En ella don Jesús relata su vida, verdadera explicación sobre el sentido que, para este hombre "común" del siglo XX, ha tenido la conjunción de su propia historia con la de México. La organización del texto en esta primera parte responde precisamente a la lógica narrativa de don Jesús, quien contó su vida a manera de pequeños relatos autónomos que fueron ordenados en forma cronológica por el investigador. Ramos Arizpe explica que "se sabe que la reconstrucción de una vida por medio de la historia oral no se logra de una manera ordenada, sino que más bien la producción discursiva en estos casos muchas veces está sujeta a múltiples caprichos de la memoria y la evocación". El recorrido efectuado no es corto, ni por el número de experiencias vitales ni por el tiempo que abarcan los recuerdos: se inicia en 1902, en pleno porfiriato, y llega hasta nuestros días.

La segunda parte contiene las reflexiones de Ramos Arizpe sobre dos géneros de la literatura

histórica que, aunque muy conocidos, cuando se utilizan como fuentes suscitan inquietudes entre los investigadores preocupados más por las teorías globalizadoras y por las cuantificaciones. Estos géneros son la biografía y la autobiografía. Esto ligado a una preocupación fundamental, la de su utilidad dentro de las ciencias sociales; pues con recelos o no, su aplicación e importancia han dado a últimas fechas un subproducto por demás interesante: el género de la *historia de vida*.

Es notable, por otra parte, que aunque se trata solamente de un conjunto de reflexiones preliminares, ha quedado fuera la *intuición*, única pauta seguida por muchos de los que nos dedicamos a la historia oral. Es que el por qué y cómo, así como la importancia de las narraciones individuales, su utilidad y las verdades de naturaleza particular que proporcionan, son tratados aquí con una profundidad poco acostumbrada en este tipo de trabajos, en los que generalmente las explicaciones se reducen a asuntos meramente técnicos. Las concepciones y autoconcepciones sobre la historia rebasan —y tal es la función de la historia oral— a aquéllas en las que el conocimiento histórico se convierte en "matemática social". En última instancia, historia es lo que *pasó*, pero también es lo que *creemos* que pasó. En fin, la estructura del libro se finca en una característica general, la del "diálogo constante entre el análisis biográfico y la experiencia del trabajo de campo", en este caso, el del contacto con los in-

formantes y la labor de entrevistarlos.

Según el autor el trabajo centralmente "busca ante todo, llamar

La atención sobre la importancia que tiene para los investigadores sociales el abordar la historia personal como un elemento de gran utilidad para el estudio de aspectos significativos del hombre y su cultura". Ciertamente, después de muchísimo tiempo en el que la *historia personal* fue considerada por diversas tendencias historiográficas dominantes como "curiosidad erudita" o como fuente de dudosa calidad por las inexactitudes mnemotécnicas y por la imposibilidad que ofrecen para la cuantificación, en la actualidad la historia personal cobra insospechada relevancia. Se le ha revalorado no por casualidad. Las experiencias personales pueden aportar elementos de capital interés a ramas del conocimiento tan diversas como las dedicadas a los estudios de ideologías y mentalidades populares, o los lingüísticos, los sociológicos, etc., y ahora cada vez más, a los de la llamada historia social.

Los problemas que la historia personal suscita son abordados por el autor de la siguiente manera: el primero, la autobiografía y la historia de vida, es tratado aquí como un problema epistemológico y explicado a través de la historia de los discursos biográficos y de la autobiografía escrita. Se ubican los valores culturales occidentales dominantes y sus formas de reproducción a partir del siglo XVIII, —con antecedentes renacentistas— cuando la "cultura de la escritura y el libro" se asume como tendencia hegemónica y modelo a seguir. De esta manera, aborda el problema de la existencia de la autobiografía, la biografía y la hoy conocida como

"historia de vida", como una necesidad múltiple, relacionada estrechamente al desarrollo de la conciencia histórica. Así, con la historia de esa misma conciencia histórica y la preocupación sobre el papel del individuo en los avatares del mundo, la necesidad de plasmar por escrito las vivencias individuales se convirtió en parte integrante de una misma ética vital: desde el Renacimiento y la Ilustración, se escribió sobre la vida de los hombres famosos e influyentes —recuérdese a Vasari y su biografía de Leonardo da Vinci, o a Voltaire y sus autorreflexiones—; después,¹ cuando así lo requirió la conciencia histórica, nació la historia de vida, la de los sectores sociales subalternos.

Estos géneros de la literatura histórica, se han construido como discursos que abarcan los distintos ámbitos "relevantes" de la vida. Y es la diferencia sobre la que se ha entendido por cotidianidad lo que ha marcado, a través del tiempo, la importancia que se ha dado a las acciones de los hombres: la cotidianidad de los famosos, durante muchos años, era valorada como "mejor y más importante" que la aparentemente rutinaria y sin relieve de los hombres del común. Empero, el motor de la autorreflexión ha sido, en estos siglos, similar. Es el *placer de recordar*, determinado por los entornos culturales y lo que Ramos Arizpe llama "valores e intereses", lo que lleva a los hombres a "invocar sus vivencias pasadas con el fin de justificar una causa, una acción personal o un interés político". Podríamos decir que las biografías, autobiografías e historias de vida son como retratos, productos y ejemplos del espíritu del tiempo en el que los hombres vivieron y viven. Es ahí

donde Ramos Arizpe aborda el problema de las formas discursivas: el *Yo* del que escribe sobre sí mismo queda plasmado como signo referencia! de la existencia, lo mismo que ese *Yo* diferido de quien escribe sobre *el otro*, con quien se siente identificado.

Ramos Arizpe también define las diferencias entre los géneros de la literatura histórica que le preocupan. Así, por ejemplo, dice que la "autobiografía es un efecto de los cambios producidos en la conciencia del nuevo individuo [siglos XVII-XLX], al encontrarse a sí mismo cómo un ser finito, ubicado en el espacio y en el tiempo y por lo tanto historia de, que a manera de confesión laica asume su vida ante los hombres y ante su conciencia, con la necesidad de dejar testimonio de su obra y de justificarlo ante la sociedad". Por su lado, la historia de vida, producto de nuestro siglo, rescatada a través de la historia oral, tiene sus propias particularidades, no siendo la menos evidente la de estar relacionada al mundo de la cultura popular, mundo alejado generalmente al de la lectura y de la escritura. Con el rescate logrado por la historia oral, dicho mundo ha podido ser conocido más allá de sus propias fronteras, ampliando además su utilidad social. Por ello, la historia de vida "se distingue de la biografía y la autobiografía. . . — dice Ramos Arizpe— por su preocupación de ir más allá de la sola reconstrucción de una historia personal. La historia de vida, al ser en gran medida un producto de las ciencias sociales, se ha interesado no sólo por recoger los testimonios que le permiten plasmar la representación de una vida, sino también por la reflexión sobre las tareas implicadas en su realización, de la misma manera

que por los aspectos históricos y culturales presentes en el discurso auido biografíe o del narrador".

Termina esta parte de la obra analizando los sujetos que se historizan a sí mismos. En el caso de las historias de vida dichos sujetos son generalmente los viejos. Ramos Arizpe tiene razón al decir que los abuelos —transmisores de un discurso histórico de circulación familiar y, en el mejor de los casos, comunal—, "son los principales informantes sobre el trabajo, la producción, el mundo y la vida. Esta transmisión se realiza en la cotidianeidad misma de la comunidad, durante la jornada de trabajo, en el encuentro con el vecino, con el amigo, en la asistencia al mercado, a la iglesia o en la obligada reunión vespertina donde se relatan cuentos de aparecidos por bandoleros generosos. Igualmente son ocasiones importantes para realizar esta comunicación para las fiestas del pueblo o las familiares".

En la parte bajo el título de "Vivencia, memoria e historia personal", Ramos Arizpe trata dos problemas fundamentales: el de la vida y sus límites, como condicionantes de la conciencia de lo efímero y cambiante, y su relación con la misma conciencia histórica. El autor define la memoria de lo vivido como "vivencias": "Las vivencias —dice— se pueden describir como fragmentos del vida que están en un constante fluir, como si la vida misma se transportara sobre un río en el que dejamos constantemente hacia atrás un pasado y nos acercamos persistentemente hacia el futuro"; el presente se convierte invariablemente en pasado, y el futuro en presente. Es en ese fragmento de vida, en ese momento del tiempo con realidad que se da la vivencia". O para decirlo en

otras palabras, es la conciencia de la temporalidad de la vida la que nos obliga a recordar lo pasado e interrogarlo a un orden específico. Ahí nace la memoria —la huella marcada a fuego que decía Nietzsche—, la que evita la vivencia de un puro presente. Pero la reflexión sobre la vida como un momento susceptible de historizarse, con un principio y un final naturales, son la causa de lo que Schutz llamó "ansiedad fundamental", y que preocupó de manera muy especial a Ramos Arizpe. Al desarrollar este punto se acercó —sin que él lo haya manifestado— a Kirkegaard (*El concepto de la angustia*) y a Unamuno (*El sentimiento trágico de la vida*); sin embargo, no se resuelve en concepciones que podríamos llamar "existencialistas", pues su problema siempre lo ubica en entender; al hombre genérico y no al individuo abstracto presionado interiormente. Relaciona el problema de la conciencia sobre la vida al de la conciencia histórica, ambas determinadas y condicionadas por circunstancias sociales, económicas, políticas y culturales. Es el hombre histórico el que mueve su investigación y su paralela reflexión sobre las historias personales; es el hombre histórico y no el ser humano de los metafísicos lo que le interesa. Hasta entonces pasa a considerar la existencia de la memoria. Los motivos y sus efectos podrían sintetizarse en la descripción que hace el escritor italiano Leonardo Sciascia con lo que entiende por "teatro de la memoria": "un sistema de lugares, de imágenes, de acciones, de palabras capaz de suscitar en la memoria otros lugares, otras imágenes, otras acciones, otras palabras: en continua proliferación y asociación". La memoria, en fin, como elemento

nodal de una conciencia histórica que justifica las actuaciones presentes y modela las formas éticas de las relaciones sociales.

Posteriormente aborda "la evocación". Aquí, Ramos Arizpe ataca los cabos que manejó en los capítulos precedentes: "Las vivencias que han resistido los vientos del olvido y del tiempo en la desigual travesía de la vida van a estar ahí presentes. De esa manera la vivencia y la memoria, lo significativo y el recuerdo se unen en la autorreflexión que se hace al final del camino". *Lo significativo*. Aquí se toca el meollo del problema de la historia oral, el de su calidad propia: ya se dijo más arriba que la información obtenida oralmente posee una naturaleza particular. El hecho de que existan "caprichos de la memoria y la evocación", que las precisiones sean dudosas, no invalida la información obtenida. Antes bien, nos pone alertas sobre su utilización. No es la historia oral una fuente más, sino una fuente distinta, que nos proporciona datos sobre las maneras de pensar el pasado y no un sucedáneo a la ausencia de información de acontecimientos que requieren del conocimiento exacto. Ramos Arizpe al tratar sobre el recuerdo, y la realidad, cita a Néstor Braunstein: "Historizar es colocar los acontecimientos, reales o fantaseados, en el orden de la significación. .. Y esta será hacer la verdad, la única verdad que cuenta para el sujeto". Así, lo que en un momento dado se cree como verdad, independientemente de su exactitud, es en sí mismo un hecho histórico. Lo que se cree que pasó tiene una función social también presente, viva. Esta creencia forma parte de una geografía de la mente que queda dibujada en la narración de la historia personal, en el

"mapa de la historia individual", pueblerino encargado de la correspondencia amorosa de sus particulares valores y significados, bajo su anterior —escribe—" nos muestra de particular perspectiva premedada por rráneos, que arriero, bracero, albañil una moralidad pueblerina —o mejor, alguna manera que a los testimonios y representante de una organización subalterna—, no corresponde muchas autobiográficos se les debe de trabajadores de la construcción. Sus veces ni a las concepciones oficiales considerar más que todo como una ámbitos también fueron variados, lo de la historia ni a las opiniones expresión del hombre en busca de que podría hacernos pensar en la científicas sobre ciertos su verdad, del sentido y del especialidad como condicionante de acontecimientos. El mismo hilo de significado de su vida".

La última parte de la obra, es el "relato": forma discursiva que asume la autorreflexión vital. Aquí el problema reside en convertirse en narrador, "arte" adquirido con la práctica y, en el caso de quienes no participan de la cultura libresca, con los años; como don Jesús Ramos, quien nos muestra que es el arte de vivir lo que hace a un buen narrador.

Finalmente nos encontramos con la historia de vida de don Jesús Ramos Romo. La riqueza narrativa es evidente. Don Jesús sustentándose en una memoria privilegiada, relata las viscosidades que fueron conformando su visión particular de lo sucedido y de lo pensado. Lo mismo fue escribano

Don Jesús lo mismo vivió en México una "reconstrucción histórica" que en los Estados Unidos, entre ortodoxa, ordenada "objetivamente". peones y poetas, entre políticos y ¿Cómo y por qué recuerda y narra patrones, entre contrabandistas de como lo hace? ¿Por qué ese afán de alcohol y comerciantes. Las muchas identificarse como un hombre dete- horas de grabación con don Jesús minado en circunstancias determi- arrojaron no sólo los hechos y nadas? ¿Por qué no quiere olvidar lo preocupaciones personales, sino que fue y ha hecho, sino que más también aquellos elementos aledaños bien lo reconstruye e interpreta para que conforman las vidas de todos los explicarse lo que hoy es? Tal vez individuos: "mitos, acontecimientos, tenga razón Milán Kundera al decir leyendas, sueños, versos, canciones, que la "lucha del individuo contra aventuras" propias y ajenas, así como el poder, es la lucha de la memoria sus opiniones sobre política, religión, contra el olvido". En fin, don Jesús moralidad, costumbres de Jiquilpan y al relatar su vida no sólo nos enseñó del país. El "teatro de la memoria" ser un maestro en el arte de vivir, que don Jesús construye con sus sino que para él recordar y pro- reconstruirse es un orgulloso placer.

Agiotistas, prestamistas y banqueros

Luis Alberto de la Garza

Leonor Ludlow, Carlos Marichal (eds.), *Banca y poder en México (1800-1925)*, México, Editorial Grijalbo, 1986, 427 pp. (enlace/historia).

Son frecuentes las lamentaciones entre los estudiosos por la existencia de enormes lagunas en el conocimiento de diversos aspectos y periodos de nuestra historia. Así, parecería que la ma-

yor parte del trabajo está por hacerse, cargando al historiador de un pesado fardo. En un sentido opuesto, quizá una postura optimista podría indicarnos las enormes ventajas de esta situación, pues ella nos abre amplísimas perspectivas de investigación novedosa y original. Si buena parte de nuestra historia está por ser investigada, no hay ninguna razón que privilegie a la historia bancada de otros aspectos de

nuestro pasado. Por este motivo, el libro editado por Leonor Ludlow y Carlos Marichal es, entre otras muchas cosas, un llamado de atención sobre el descuido que sobre esta problemática presenta la historiografía mexicana, así como de las inmensas posibilidades —por no insistir en la urgencia— de estudiar el fenómeno de la banca y su relación con el poder en México.

La obra es una recopilación de